

Occidente en contacto con las regiones de Oriente, tan interesantes por las producciones de su suelo, los progresos de las artes industriales y la variedad de las instituciones sociales, dió poderoso impulso al movimiento de ideas, al ardiente deseo de atrevidas empresas que ilustraron la era del infante D. Enrique, de Colón y de Gama.

III.

Ideas cosmográficas de Colón y causas que le impulsaban al descubrimiento de las Indias.

El cardenal d'Ailly, cuyas obras tanto estimaba Colón, ocupábase desgraciadamente más en trabajos de erudición clásica que de las relaciones de los viajeros inmediatos á su época. Aunque escribió ciento cuarenta años despues de Roger Bacon, jamás cita los trabajos de Marco Polo, consignados desde 1320 en un manuscrito latino de Franco Pipino de Bolonia: ignora los vastos proyectos de Sanuto Torsello, encaminados á cambiar la dirección del comercio de la India, la existencia de las islas Antilia y Brasil (Bracir) revelada por Picigano, y los viajes de los Zeni á las regiones septentrionales del Atlántico. No fué en los tratados cosmográficos del Cardenal donde Colón aprendió las nociones de las tierras occidentales que según Toscanelli ofrecían abrigo en el camino de la India por el Oeste. Pedro d'Ailly ni siquiera conocía el nombre de Cathai, y su geografía, á excepción de algunas citas árabes, recuerda menos el siglo de Ptolomeo que el de Isidoro de Sevilla. Únicamente insiste con frecuencia (y quizá

por ello era el afecto de Colón á compilaciones tan medianas) en la gran extensión del Asia hacia el Oriente, y en lo próximas que estaban la India y España. Al notable párrafo (*Imago Mundi*, cap. VIII) tomado literalmente de Roger Bacon, y que antes cité, pueden añadirse los siguientes: «Multo major est longitudo terræ versus Orientem quam ponat Ptholomeus, et secundum philosophos Oceanus qui extenditur inter finem Hispaniæ ulterioris, id est Africae á parte Occidentis, et inter principium Indiæ á parte Orientis, non est magne latitudinis. Nam expertum est quod hoc mare navigabile est paucissimis diebus si ventus sit conveniens, et ideo illud principium Indiæ in Oriente non potest multum distare á fine Africae.—Frontem Indiæ meridianum alluit maris brachium descendens á mari Oceano quod est inter Indiam et Hispaniam inferiorem, seu Africam.—A polo in polum decurrit aqua in corpus maris et extenditur inter finem Hispaniæ et inter principium Indiæ non magnæ latitudinis, ut principium Indiæ possit esse ultra medietatem æquinoctialis circuli sub terra valde accedens ad finem Hispaniæ. Et Aristoteles et ejus comentator, libro *Cœli et Mundi*, adhuc inducunt rationem quod elephantibus esse non possent: ideo concludit hæc loca esse propinqua et mare intermedium esse parvum» (1). Se concibe que una misma idea, tantas veces repetida, debía agrandar grandemente á los que, como Toscanelli y Colón, meditaban de continuo pasar desde España á las costas orientales de Asia (*ad illam partem sub pedibus nostris sitam*) por la vía de Occidente.

(1) Parece que el Cardenal tenía á la vista el pasaje de Strabón, t. II, pág. 161.

También en el *Cuadro del mundo conocido* (1) de Pedro d'Ailly pudo aprender Colón que, según Alfragan, el valor absoluto de los grados expresados en leguas es menor de lo que generalmente se admite. Alfragan, ó más bien Al Fergani, llamado así por el sitio donde nació (porque el verdadero nombre del astrónomo árabe es Ahmed Mohammed Ebn Kotahir, ó Kethir, de Fergana en Sagdiana), no da en rigor más que el resultado de la célebre medida de algunos grados terrestres que el califa Almamun hizo practicar en la llanura de Sindjar. En vez de expresar este resultado por *codos negros*, lo expresa por millas, y el Almirante, sin fijarse en la perfecta ignorancia en que hasta Ebn Iouni, el más ingenioso astrónomo de aquel tiempo, nos dejaron, relativamente al valor del módulo empleado, tomó las millas de Alfragan, por las millas italianas de que habitualmente se servía en sus viajes. Don Fernando Colón, al conservarnos el extracto del tratado (2) de su padre «sobre la posibilidad de habitar todas las zonas», y también

(1) L. C. *Mapa Mundi*, sección VIII, *de quantitate terræ*.

La prueba de que Colón medía la distancia recorrida en millas italianas encuéntrase en el diario de su primer viaje, viernes 3 de Agosto de 1492, donde dice «sesenta millas que son quince leguas». Las leguas marinas españolas son de tres millas. Tomás Parcacchi (*Isole più famose del Mondo*), cuya segunda edición es de 1576 recuerda que diez y siete y media *leguas* ó 70 *millas* de Italia forman un grado. No se usaban por tanto en los siglos XV y XVI las antiguas millas romanas que en número de 75 formaban un grado ecuatorial.

(2) «Memoria ó anotación que hizo el Almirante, mostrando ser habitables todas las cinco zonas con la experiencia de la navegación» BARCIA, *Historiadores primitivos de Indias*, tomo I, páginas 4, 6.

otro manuscrito (1) que comprende las causas en que el grande hombre fundaba las esperanzas en el buen éxito de su expedición, nos muestra la importancia que entonces se daba á la opinión de Alfragan sobre el verdadero tamaño de la tierra. «Lo que hacía creer más al Almirante, dice Fernando Colón, que aquel espacio (la distancia entre España y Asia) era la opinión de Alfragano, y los que le siguen, que pone la redondez de la tierra mucho menor que los demás autores y cosmógrafos, no atribuyendo á cada grado de ella mas que 56 millas y dos tercios, de cuya opinión infería que, siendo pequeña toda la esfera, había de ser por fuerza pequeño el espacio que Marino dejaba por desconocido, y en poco tiempo navegado, de que infería asimismo que, pues aun todavía no estaba descubierto el fin oriental de la

(1) «Estando el Almirante en Portugal, empezó á conjeturar que del mismo modo que los portugueses navegaron tan lejos al Mediodía, podría navegarse la vuelta de Occidente y hallar tierra en aquel viaje; y para confirmarse más en este dictamen, empezó de nuevo á ver los autores cosmógrafos que había leído antes, y á considerar las razones astrológicas que podían corroborar su intento, y consiguientemente notaba todos los indicios de que oía hablar á algunas personas y marineros por si en alguna manera podría ayudarse de ellos. De todas estas cosas supo también valerse el Almirante, que vino á creer por sin duda que al Occidente de Canarias y de las islas de Cabo Verde había muchas islas, que era posible navegar á ellas y descubrirlas; y para que se vea de cuán débiles argumentos llegó á fabricarse ó salir á luz una máquina tan grande, y para satisfacer á muchos que desean saber distintamente los motivos que tuvo para venir en conocimiento de estas tierras y tomar á su cargo esta empresa, referiré lo que he hallado en sus escritos sobre esta materia.»

India, sería aquel fin el que está cerca de los otros por Occidente (de la parte más occidental de Europa y de África).» Pero hay más aún; en otro sitio (en el *Tratado de las zonas habitables*) dice expresamente el Almirante: «Navegando muchas veces desde Lisboa á Guinea, encontré (1), observando con atención, que el grado corresponde en la tierra á 56 millas y dos tercios».

Si estas nociones no las aprendió el Almirante en las obras del cardenal d'Ailly, las obtendría por vía menos indirecta, por alguna de las traducciones árabe-latinas, á las que, según parece, recurría con frecuencia durante sus estudios cosmográficos en Portugal y en España.

Después de largas consideraciones acerca de Ptolomeo y Marin de Tyro, Catigara y la Etiopía, el Ganges y la posición del Paraíso terrestre, añade Colón en una carta dirigida á los reyes Fernando é Isabel y fechada en Jamaica el 7 de Julio de 1503: «El mundo no es tan grande como dice el vulgo, y un grado de la equinoccial está 56 millas y dos tercios; pero esto se tocará con el

(1) ¿Por qué medios? Sin duda comparando las altitudes obtenidas á los resultados de la estima, y considerando los rumbos en los cuales se singlaba. Inútil es recordar aquí de cuántos elementos inciertos dependía este cálculo, sobre todo añadiendo á estas incertidumbres la imperfección de la medida del surco por la corredera ó cadena de la popa, y el efecto de la influencia de las corrientes y de la declinación variable de la brújula. En la carta á los Monarcas Católicos donde hace la relación del tercer viaje de descubrimiento, vemos al Almirante practicar la valuación del valor de un grado *equinoccial*, según Alfragan. Aplica esta valuación aunque confusamente á la *longitud* del Golfo de las Perlas (Golfo de Paria) y á la distancia de este golfo á las islas Canarias. NAVARRETE, t. I, página 258.

dedo.» Véase, pues, la importancia que el Almirante daba á la idea de la pequeñez del globo y de la brevedad del camino por donde se llega á la tierra aurífera de Veragua, «de que Vuestras Altezas, dice, son tan señores como de Xerez y de Toledo».

Es muy interesante observar el desarrollo progresivo de una grande idea y descubrir una á una las impresiones que determinaron el descubrimiento de un hemisferio entero. La permanencia en puntos situados, por decirlo así, en el límite del mundo conocido, en Lisboa, en las Azores, en Puerto Santo; la costumbre de ver partir con frecuencia expediciones de descubrimiento por una ruta que se desaprueba; la posibilidad de oír de boca de los mismos marinos los hechos ó las ilusiones que les proporcionaron las aventuradas expediciones hacia el Oeste; finalmente, el atento examen de las cosmografías de las diversas épocas, fueron las circunstancias que excitaron, vivificaron, por decirlo así, en el alma ardiente de Colón tan grandes y nobles proyectos. No se debe atribuir á una sola causa lo que pertenece al conjunto de inspiraciones que recibe un hombre superior durante los largos años que preceden á un descubrimiento.

En un tratadito (1) escrito probablemente hacia 1499 por el genovés Antonio Gallo (*De Navigatione Columbi*

(1) Dos páginas extraordinariamente raras que publicó por primera vez Muratori conforme á un manuscrito conservado en Génova (*Rerum Italicarum Scriptores*, 1733, t. XXIII, página 302). El mismo Antonio Gallo ha escrito *De Rebus Genuensium*, 1466-1478. Se vanagloria de haber redactado el breve comentario *De Navigatione Columbi* conforme á las cartas firmadas por el Almirante (*epistolas quas vidimus manu propria Columbii subscriptas*).

per inaccessum antea Oceanum Commentariolus) se afirma que el «mundo de la India» (*mundus quem Indiam vocitabant*) fué adivinado, no por Cristóbal Colón, sino por su hermano Bartolomé, «que concibió la idea de una navegación hacia el Oeste al fijar en Lisboa los descubrimientos hechos por los portugueses más allá de San Jorge de la Mina en los mapamundis que dibujaba para ganarse la vida». El autor habla con algún desdén de Cristóbal Colón (*intra pueriles annos parvis literulis imbuti*). Este mismo aserto repite el obispo Agustín Giustiniano, que de la proyectada edición de una Biblia poliglota completa, solamente imprimió en Génova en 1516 la colección de los Salmos. Sabiendo que el Almirante se vanagloriaba de haber realizado las profecías del salmo diez y ocho, Giustiniano, que era obispo de Nebbio, en Córcega, y monje de la orden de Santo Domingo, aprovechó esta ocasión (1) para dar una biografía de Cristóbal Colón y noticia de sus descubrimientos. Don Fernando Colón (2) ha probado con los

(1) El verso 5.º, que contiene las siguientes palabras: *Et in omnem terram exiit sonus eorum et in fines orbis terræ verba eorum*, dió ocasión á este raro episodio, que no se esperaba por cierto encontrar en un salterio.

(2) *Vida de D. Cristóbal Colón*, cap. x. Al fin de este capítulo se trata del mapamundi que Bartolomé Colón dibujó en Londres en 1488 para el rey Enrique VII, y de los versos exámetros que el dibujante se atribuye haber compuesto:

*Pingitur hic etiam nuper sulcata carinis
Hispanis, zona illa, prius incognita genti,
Torrida, que tandem nunc est ab notissima multis.*

La exactitud histórica exigiría en estos versos el elogio de los portugueses, quienes visitaban entonces más que los españoles las costas tropicales de África.

manuscritos de su padre que fué éste quien enseñó á Bartolomé, «hombre poco letrado», el arte náutico y el dibujo de cartas de marear, y rechaza (1) con la urbanidad que en todos tiempos ha caracterizado las disputas literarias «las trece mentiras de Giustiniano». La magistratura de Génova empleó otra refutación más directa; con penas severas confiscó la obra. Por lo demás, vemos en documentos encontrados en los archivos, que, aun durante sus viajes, acostumbraba Cristóbal Colón á trazar la configuración de las costas. Una carta de marear de la isla de la Trinidad y del golfo de Paria, dibujada durante su tercer viaje (probablemente en Agosto de 1498), llegó á ser célebre en el pleito entre el fiscal del Rey y los herederos del Almirante. Éste hace mención de ella al fin de la carta dirigida á los Reyes á su vuelta á Santo Domingo. Es la *pintura*, ó, como dice Alonso de Ojeda, la *figura de lo que el Almirante había descubierto* (2); carta que guió á los navegantes á quie-

(1) *Vida de D. Cristóbal Colón*, cap. II. Aunque D. Fernando muestra generalmente altivez de sentimientos y declara que el hijo de Cristóbal Colón no necesita más gloria hereditaria que la que puede legar un grande hombre, su ira contra el obispo Giustiniano la exitó, según parece, un motivo poco filosófico. El Obispo había dicho en el salterio «que la familia del Almirante ejercía pobremente un oficio manual».

(2) NAVARRETE. *Viajes y descubrimientos de los españoles*, tomo III. *Colección diplomática*, págs. 539, 583, 586 y 587. «Estádo cerca de Paria, el Almirante demandó á los pilotos el punto de viaje que llevaban, é unos decían que estaban en la mar de España, é otros en la mar de Escocia» (sin duda á causa del mar alto y agitado que se encuentra en las inmediaciones de la isla de la Trinidad). «El Almirante (dice el testigo Bernardo de Ibarra) envió á España en una carta de

nes el fiscal quería atribuir el mérito del descubrimiento del continente americano.

Adviértese en lo poco que nos ha quedado de los escritos de Colón, sea en lo que conservó su hijo, ó en su correspondencia con los soberanos ó con personas de la corte de Isabel, ó, en fin, en el bosquejo de la obra de las *Profecías*, que lo que más atormentaba la imaginación del grande hombre y lo que buscaba con mayor empeño en las obras de los antiguos y en los cosmógrafos más inmediatos á su siglo era la proximidad entre la India y las costas de España; el conocimiento de la grande extensión de Asia hacia el Oriente; el número de islas ricas y fértiles que rodeaban las costas orientales del continente asiático; la pequeñez absoluta de nuestro planeta, y la relación que en general presenta el *área* de las tierras y de los mares en la superficie del globo.

Esta variedad de consideraciones, que debían conducir todas al mismo objeto, anuncia una amplitud de miras poco común. Pero en un siglo en que faltaba conocimiento preciso de los hechos, puesto que el mismo

de marear los rumbos y vientos por donde había llegado á Paria. Por aquella carta se habían hecho otras é por ellas habían venido Pedro Alonso Merino (Niño) e Ojeda.» Era más que la *pintura* de la tierra firme; era una carta de navegar. De igual suerte creo que lo dicho en una carta de la reina Isabel, recibida por Colón en Septiembre de 1493 en el Puerto de Santa María, respecto á la carta de marear que el Almirante había prometido á la Reina, y cuyo envío exige ésta con tantas instancias, no era más que el trazado de los descubrimientos del primer viaje. (NAVARRETE, t. II, pág. 107, núm. LXX.) Sería muy interesante encontrar estos diseños de mano de Colón, sobre todo los correspondientes á las tierras vistas el viernes 12 de Octubre de 1492.

descubrimiento de Colón asentaba las bases de una geografía física, ésta extensión de miras no encontraba apoyo en la exactitud de las observaciones.

Por fortuna, los errores favorecían la ejecución del proyecto, inspirando un valor que las ideas más exactas de las dimensiones del globo, de la longitud de Catigara, del Cathai y de Zipanga, del tamaño de los mares y de la pequeñez de los continentes hubieran quebrantado.

Colón censura á Ptolomeo por haber acertado la extensión de las tierras hacia el Este, fijada por Marin de Tyro, y rechaza todas las opiniones de los antiguos (1) sobre la relación en que están los continentes y los mares, afirmando, según hemos visto antes, que «el mundo es poco: el enjuto de ello es seis partes, la séptima solamente cubierta de agua» (2). Este es el resultado de la geografía física que aprendió Colón en el cuarto libro de Esdras, llamado antiquísimamente en la iglesia griega el Apocalipsis de Esdras, é inventado probablemente por un judío que vivía fuera de Palestina en el siglo primero de nuestra era. Este Apocalipsis forma el primer libro de Esdras en la versión etiópica publicada recientemente en Oxford.

(1) PLINIO II, 68. Es el elocuente párrafo sobre la extrema pequeñez de los continentes que termina con estas palabras: «*Hæc est materia gloriae nostræ, hæc sedes; hic tumultuatur humanum genus, hic instauramus bella civilia mutuisque cædibus laxiorem facimus terram.*»

(2) Colón, en la carta de 7 de Julio de 1503; NAVARRETE tomo I, pág. 300; BARCIA, t. I, pág. 6. La lectura de ciertos libros de filósofos (dice también su hijo D. Fernando) enseñó al Almirante que la mayor parte de nuestro globo estaba en seco.

Á los catorce años interrumpió Colón sus estudios académicos en Pavia. Sin estar de completo acuerdo con Antonio Gallo respecto á la insignificancia de estos estudios (*parvula literula*), se comprende que la causa del desarreglo de erudición y de teología algo mística, advertida en muchos de sus escritos, data de la época de su permanencia en Lisboa (1). A una vida aventurera,

(1) Es muy difícil clasificar, según sus épocas, los acontecimientos de la vida de Colón antes de que llegara á España. Con pocas excepciones, acepto el resultado de las investigaciones de Muñoz y de Navarrete. Fernando Colón, en la *Vida del Almirante*, cap. XIII, dice que el viaje á Thulé lo hizo en Febrero de 1477, citando una *anotación* de puño y letra de su padre; y Spotorno fija la fecha de una expedición á Túnez en 1478. (*Códice diplomático Columbo-Americano*, 1823, página XIII.) Si estos datos no son dudosos, porque Spotorno quiere también que el nacimiento de Cristóbal Colón fuera en 1447 en vez de 1436, los viajes á Thulé y á Túnez, como también los que hizo á la costa de Guinea, se habrían verificado después de la llegada del Almirante á Lisboa. Discutiremos en otro sitio la cuestión de si la isla que Colón llama Thyle ó Tile, cuyas costas meridionales se encuentran á 73 grados de latitud, y donde «tantos negociantes de Bristol llevan sus mercancías», puede ser la Islandia. No cito entre las aventuras de Colón la más extraordinaria, la que, fiando en la autoridad de Fernando Colón, repiten tantos biógrafos modernos, como si ignoraran las observaciones críticas del abate Ximénez y del historiógrafo D. Juan Bautista Muñoz. Preténdese que Colón, después de navegar largo tiempo con su pariente, el famoso corsario genovés llamado *Colombo el Mozo*, para no confundirle con su abuelo el Almirante que había vencido á los musulmanes, arrojóse al mar cuando el incendio de dos barcos sujetos con garfios de abordaje en un combate contra las galeras venecianas, verificado entre Lisboa y el Cabo de San Vicente. Fernando Colón dice que este suceso fué causa de que su padre fijase la residencia en Portugal, y que se refiere en la

á los viajes al Levante y al Norte (á las islas Færøer ó á Islandia), sucedió algún descanso favorable á los trabajos literarios. Es probable que durante su larga permanencia en Portugal desde 1470 á 1484, desde los treinta

décima década del Tito Livio de su época, Marco Antonio Sabellico, bibliotecario de San Marcos. Pero Cristóbal Colón llegó á Lisboa en 1470, y Sabellico (*Rhapsod. hist. en.*, dec. x, lib. 8; é *Hist. ver. Venet.*, dec. IV, lib. 3) dice que el suceso ocurrió en 1485. (LEÓN XIMÉNEZ, *Del Gnomone florentino*, 1756, página XLVII; MUÑOZ, *Intr.*, pág. VI.) Ahora bien; en 1485 encontrábase Colón hacia más de un año en España ganándose la vida con dibujos de cartas de marear y la venta de *libros de estampas*; probablemente habitaba en el Puerto de Santa María, en casa de su protector el Duque de Medinaceli.

Paréceme que esta última circunstancia resulta probada por una carta del Duque de Medinaceli, fechada el 19 de Marzo de 1493, en la que reclama de la corte algún privilegio de comercio, (por ser el primero que dió á conocer al Gobierno español este *Colomo* (El Duque transforma el apellido Colón casi el de uno de los hombres más influyentes en aquella época, Juan de Coloma) (*Códice diplomático Colombo-Americano*, página 55) que ha hallado tan grande cosa). En 20 de Enero de 1486 encontramos ya al Almirante al servicio de los Reyes Católicos. (NAVARRETE, t. I, pág. XLII, t. II, *Documentos dipl.*, núm. 14, pág. 20.)

En cuanto á los estudios, parece que Colón los continuó celosamente, viviendo en intimidad durante su permanencia en España con algunos religiosos muy instruidos como el franciscano Juan Pérez, guardián del convento de la Rábida, cerca de Palos, convento en el que Colón pidió un pedazo de pan para su hijo, durante la para él triste época en que, al exponer sus proyectos, se le respondía que *todo era un poco de aire*. Consultó también al padre dominico Diego Deza, profesor de Teología de la Universidad de Salamanca, que tenía á su cargo la educación del infante D. Juan, y fué después arzobispo de Sevilla; y finalmente, al cartujo Fr. Gaspar Gorricio, que trabajó con el Al-

y cuatro á los cuarenta y ocho años de edad, rehiciera, por decirlo así, sus estudios. «Para confirmarse más en el dictamen de navegar la vuelta de Occidente (dice Fernando Colón) para llegar á la tierra del Gran Kan, empezó *de nuevo* á ver los autores cosmógrafos que había leído antes y á considerar las razones astrológicas que podían corroborar su intento.»

En las investigaciones históricas conviene descender de las generalidades á los detalles de los hechos, y como el objeto de mi trabajo es obtener por el examen crítico de los documentos que nos quedan de puño y letra de Cristóbal Colón el conocimiento íntimo de las ideas que le indujeron al descubrimiento de América, he tratado de formar juicio exacto de los libros que consultaba Colón habitualmente, procurando adivinar cuáles eran los autores antiguos que más influyeron en su imagina-

mirante en el libro de las *Profecías*. (*Manipulus de auctoritaribus, dictis ac sententiis et prophetiis circa materiam recuperandæ Sanctæ Civitatis et montis Dei Sion; ad Ferd. et Helisab. reges nostros*).

Estos religiosos ayudaron á Colón á aplicar las citas de los profetas á su empresa del descubrimiento del Nuevo Mundo. Colón dice, al principio de la relación de su tercer viaje, que cuando todos se burlaban de él, sólo dos frailes fueron constantes amigos suyos. Las Casas en su *Historia* cree que el Almirante alude á Diego de Deza y á Fr. Antonio de Marchena, que acaso sea el guardián del convento de la Rábida Juan Pérez. El Almirante debió nombrar también al médico García Hernández (de Palos), que asistió á las primeras conferencias de la Rábida, y que, como testigo en el pleito con el fiscal del Rey, prestó tan señalados servicios á D. Diego Colón y á sus herederos. (NAVARRETE, t. III; *Colección dipl.*, páginas 561, 596 y 604.)